**Domingo 31º del Tiempo Ordinario (A). 05.11.2017: Mateo 23,1-12.**

***“Una cátedra de Moisés y otra cátedra…”* Y yo lo escribo… ¡CONTIGO!**

Este domingo primero de noviembre de 2017 es el cuarto domingo antes del final del año de la iglesia y para las celebraciones de la fe se nos propone un breve texto evangélico: *“Entonces Jesús se dirigió a la gente y a sus discípulos y les dijo que en la cátedra de Moisés se habían sentado escribas y fariseos…*” (Mateo 23,1-12). El resto de este capítulo que es Mateo 23,13-39 y toda la narración de Mateo 24,1-51 no se nos leerá, ni se nos ha leído, en ninguna asamblea que celebró y celebrará la santa misa eucarística.

Para ser preciso diré que sólo los versículos 37-44 de este capítulo vigésimo cuarto se nos leyeron en el primer domingo del adviento y del año de la iglesia. Era noviembre de 2016. Es decir, esta iglesia de la liturgia católica nos está diciendo que para entender el mensaje del Evangelio de Mateo hay que empezar leyendo el texto de Mateo 24,37-44. Y mi sentido crítico me dice, y así se lo cuento a quien corresponda, que este método es el mejor camino para ignorar la buena noticia del Jesús del Evangelista Mateo.

Creo que la inmensa mayoría de los lectores del capítulo vigésimo tercero de este Evangelio comprenderán por qué en las celebraciones no se lea la narración de Mateo 23,13-39. La lectura crítica, es decir, la que al leer se hace preguntas, llega sin demasiado esfuerzo a identificar a los escribas y fariseos de la Religión de la Ley de Moisés y de las demás Religiones que siempre han existido y no dejarán de hacerlo, la cristiana incluida. Unas denuncias tan explícitas sonarían blasfemas y heréticas en los espacios y tiempos de nuestras celebraciones dominicales. ¿Era ésta una de las razones por la que se prohibía hasta hace poco leer la Biblia?

¿Quién se siente o se sabe que está sentado hoy en esa tan explícita cátedra de Moisés? En muchas ocasiones miro a mi alrededor para darme cuenta de quiénes me rodean y a quiénes me atrevo a identificar como ‘catedráticos’ en su cátedra. Los tales catedráticos hablan de qué hacer y cuándo y cómo y por qué (23,3). Estos son los que ‘dicen y no hacen’, aquellos seres humanos que siempre alargan los trechos entre sus dichos y sus hechos. La característica típica del ‘catedrático de la Religión’ es la ostentación, la apariencia hipócrita, el arte barroco, el oropel, el mausoleo… (23,13-36).

En cambio, por el contrario, en el lado opuesto, pero no sea así entre vosotros... Este Jesús de Mateo dijo todo lo anterior sobre la cátedra de los catedráticos refiriéndose a la gente y ahora habla dirigiéndose a sus propios seguidores que siguen a su lado mientras anda de evangelización por el templo de Jerusalén: *“Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar amos, maestros, señores, excelencias, mesías… El mayor entre vosotros será vuestro servidor…”* (Mateo 23,8-12). ¿Será éste el origen de llamar entre nosotros a una determinada persona con la expresión ‘el siervo de los siervos’ cuando en realidad se trata de uno de los catedráticos?

Y cuando la palabra de este capítulo de Mateo me lee y me contempla se me despierta dentro de mí aquella otra palabra del discurso de las ‘bienaventuranzas’: *“Habéis oído que se dijo… En cambio yo os digo…”* (Mateo 5-7) y la síntesis de todas estas alternativas: *“Todo cuanto desees que te hagan los demás, házselo a ellos”. ¿*Éste es el método para hacerse servidor? Sí, éste es.

**Domingo 50º del Evangelio de Marcos (05.11.2017): Marcos 15,33-41.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

En el relato sobre Jesús de Nazaret ha llegado el momento de anunciar el hecho explícito de su muerte. El dato, a primera vista, parece sencillo de comunicar. Y no es así. Basta con leer cómo nos cuentan esta muerte de Jesús cada uno de los cuatro Evangelios. Y si se atreve el lector, puede investigar en los escritos de Pablo para constatar cómo nos la contó el propio Pablo. Es sólo un motivo de curiosidad. O, tal vez, tenga más hondura y contenido este asunto. Digo esto de Pablo, por haber sido él el primer escritor sobre Jesús, un judío y laico como él mismo.

Cuando Pablo tiene algo que decir sobre la vida y la muerte de Jesús de Nazaret siempre pasa como de puntillas. Está diciéndonos que él lo ignoraba casi todo sobre esta realidad de Jesús de Nazaret. En cambio, los cuatro Evangelios nos cuentan el dato y el hecho de la muerte de Jesús de la misma manera que nos narran su vida. Y así lo hace, y lo leemos, el primer Evangelio escrito, el de nuestra escritora María Magdalena.

La fuerza interna e intensa de esta narración nos comunica la trágica experiencia de dolor y de abandono de morirse que debió de vivir su Jesús de Nazaret: *“Pero Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró”* (Marcos 15,37). Para el último de los Evangelios, este mismo Jesús murió de manera muy distinta, diametralmente opuesta: *“Dijo Jesús: todo está cumplido. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu”* (Juan 19,19).

¿Por qué este evangelista Juan nos cuenta la muerte de un Jesús bien acompañado, sereno, responsable y plenamente consciente del sentido de todo cuanto vive y le rodea? En cambio, ¿Por qué la muerte del Jesús de María Ma gdalena, contada en su Evangelio de Marcos, es la experiencia desgarradora del abandono de todo y de todos?

Jesús expiró y el velo del templo de Jerusalén se rasgó de arriba abajo (15,38). ¿Fue ésta la primera consecuencia de la muerte de Jesús, el crucificado fuera de la ciudad? Muerto Jesús, el templo se quedó desnudo y vacío. ¿Dejó de ser una casa de dios? De esto, parece ser, sólo cae en la cuenta un centurión de Roma, ¿qué se encargaba en aquellas canteras de las afueras de Jerusalén de mantener el orden y la seguridad?: *“Este hombre sí es dios”* (15,39,el templo no.

¡Qué inmensa ironía! Un centurión de la Roma de Pilato y del imperio proclama ‘dios’ a aquel judío, laico y galileo. ¿Qué ‘dios’ es este Jesús de Nazaret, abandonado y solo, crucificado y muerto por hereje? Cada vez que empiezo la lectura de este libro del Evangelio de Marcos (1,1) pienso y medito en este mensaje del centurión (15,39). Este hombre es el Evangelio.

*“Había también allí unas mujeres… María de Magdala, Salomé y María la madre de Santiago y de José… le seguían y le servían desde cuando estaba por Galilea. Y había otras muchas mujeres que habían subido con él a Jerusalén”* (15,40-41). ¡Qué inmensa ironía! Los llamados ‘DOCE’ ni están ni se les espera aquí y ahora. En cambio, aquí están quienes siempre han estado con Jesús: las mujeres. Desde cuando estaba en Galilea, en el camino de subida a Jerusalén y en Jerusalén, en la cena, en el huerto, aquí y después. ¡Siempre! Bueno, hasta que apareció la llamada iglesia de Jesús y, hasta hoy, todas quedaron marginadas y silenciadas. ¿…?